

**PREGÓN DE LA SEMANA SANTA
DE LA CIUDAD DE
MONZÓN**

A CARGO DE
DOMINGO BVESA CONDE
**PRESIDENTE DE LA REAL ACADEMIA
DE BELLAS ARTES DE SAN LUIS**



SANTA IGLESIA CATEDRAL

25 DE MARZO DE 2023



La tarde de primavera se está durmiendo en el horizonte de las llanuras del Cinca, convertido en un inmenso hogar de enrojecidas llamas. Las viejas piedras del castillo, ávidas de calor, buscan los últimos destellos del sol. Abajo, a sus pies vuestras calles de Monzón han decidido un año más convertirse en las calles de esa lejana Jerusalén, que fue testigo de los episodios más amargos de la vida de Jesús. Y nosotros nos hemos reunido para explicar esa historia con la palabra y acariciarla con el silencio. Para hablar de una semana única, del camino de ese “bendito escapulario en el eterno calvario”.

Y aquí me tienen, dispuesto a vivir y revivir con ustedes esos secretos que todos guardamos en el alma. Especialmente para compartir mi palabra, ese gran don que Dios nos ha regalado, y, por supuesto, para pronunciar agradecidas palabras hacia aquellas personas que me han permitido que yo pueda abrir el diario montisonense de una historia milenaria.

Muchas gracias a todos los que formáis la Cofradía de Nuestra Señora de la Piedad, a todos los hombres y mujeres que lleváis el blanco de la pureza como emblema en vuestra túnica, por haber tenido la gentileza de proponerme para ser pregonero de vuestra hermosa semana de Pasión. Os lo agradezco desde la felicidad que me produce estar aquí y ahora, lo mismo que se le agradezco a la Junta Coordinadora de Cofradías que lo ha hecho posible y a todos ustedes por su cordial compañía. Muchas gracias mis queridos amigos. Muchas gracias Noelia Ferris. Seguramente sabrán que “la gratitud es el recuerdo del corazón” y tengo que decirles que yo estoy

sintiendo que este momento único lo custodiaré entre los más hermosos de mi vida.

Para comenzar, en el nombre de Dios, les confesaré que este momento de pregonar, que es tiempo de reflexionar como cristianos, de anunciar, de proclamar en voz alta nuestra fe, se carga de emociones que me hacen recordar los versos de Jesús Plana cuando, cerrando los ojos, entendía que

*Pregoneros son los acordes
de una marcha cofradiera,
que, entonando una banda,
huelen a incienso y a cera.
Y pregonera es la cigüeña
que, fiel a su itinerario,
anuncia la Semana Santa
desde vuestros campanarios*

Pronto hablarán los campanarios de esta hermosa ciudad de Monzón, que custodia en su alma la gran historia del reino de Aragón. Se podrá escuchar el batir de las alas de las cigüeñas blancas, el acompasado acunar de la brisa que va despertando los campos. Y se podrá comenzar a pasar las hojas de ese diario milenario que avisa de la muerte de Cristo. Estamos en el momento en el que todas nuestras miradas buscan el mañana, los futuros días de la gran semana, mientras en nuestros oídos aún resuenan los tambores que, desde la calle Mayor a la catedral de Santa María, anunciaron que se abría la cuaresma con la ceniza como símbolo y gesto.

Yo sé que, a partir de entonces, vuestra ilusión ha ido construyendo días de ajetreo, de preparativos, de pasión, mientras

sin darnos cuenta la santa Cuaresma iba llamando a las puertas de esta ciudad. Con esa llamada seca y rotunda que convoca a la Semana de Pasión, a esos días en los que procesionamos sintiendo a nuestro lado a todas aquellas personas que, aunque se fueron a la eternidad, siguen aquí, entregándonos en cada sensación su cariño, diciéndonos sin palabras que todo es posible, caminando en la procesión invisibles a nuestro lado.

Pienso que solo sintiéndolos muy cerca, es posible contemplar el corazón de los hombres y mujeres que siguen construyendo la ciudad con nosotros, descubrir su enorme capacidad para la generosidad, sentirnos parte de este mundo que ha descubierto la necesidad de la esperanza. Ya estamos preparados para comprender que Dios está de camino, que también lo vamos a ver y a sentir en Monzón, que ha venido para paralizar el mundo un momento y enseñarnos que el ser humano tiene que ser cercano y generoso, humano sobre todas las cosas, porque el amor nace desde la nada y sino no es amor.



Y cargados de amor quiero comenzar a invitaros a la vida, llamaros a caminar en ese Vía Crucis del **Viernes de Dolores**, para entrenar nuestros pies y preparar nuestras almas. Pronto estarán en la calle las túnicas, los terceroles, los dorados cíngulos, los zapatos de bien andar y los pies descalzos de agradecer milagros. Preparaos con tiempo porque no podemos llegar tarde cuando Nuestra Señora de los Dolores se encuentre con el Ecce Homo en el corazón de la ciudad, en esa plaza Mayor que se emociona recibiendo la **Procesión del Encuentro**. Preparaos para seguir andando en

silencio, codo con codo como hermanos, camino de ese espacio íntimo y hermoso de la catedral de Santa María, mientras el dolor va derramándose por entre los dedos de las manos de María.

*¿Cuándo en el mundo se ha visto
tal escena de agonía?
Cristo llora por María.
María llora por Cristo.
¿Y yo, firme, lo resisto?*

Suenan los versos del poeta, de Gerardo Diego, mientras va cayendo la tarde derrotada por la noche de la llanura, que se extiende bajo la atenta mirada del castillo que los templarios llenaron de cálidos rezos y de frías miradas. Todo está preparado y las sábanas que cubren los pasos se van cayendo sin pereza. A Monzón han llegado las palmas, los sacristanes han cortado las ramas de los olivos, los cirios se despuntan, el anónimo artista ha ido decorando el cirio pascual en las mañanas de su casa...

Un año más sentimos que el tiempo se ha detenido, que Monzón se ha quedado quieto, esperando que se ponga en marcha la procesión, mientras suenan las campanadas de esa alma que solo pueden despertar vuestros tambores que van trazando en el cielo los toques de esta ciudad, ese sonido propio y desgarrador que va anunciando el lenguaje de los nuevos tiempos que vamos a vivir. Tambores de muerte y de vida, que recorren las calles para unir a los barrios en un gran escenario de encuentro de hombres y mujeres.

Pronto oiremos los sonidos que vienen desde la plaza de San Juan, o quizás sean los del Portal de los Muertos, de todos los que nos precedieron y que hoy nos contemplan, mientras un emocionado

Jesús Calderón les va explicando el camino. Todo retumba y no será difícil escuchar los ecos de la plaza de la Estación que se abre a acoger a los últimos viajeros que no quieren dejar de pisar el camino de la pasión en Monzón, seguramente desde esa calle Calvario que, estos días, muestra satisfecha la actualidad de su nombre.

El aire se llenará de las voces de vuestros tambores. A ras de tierra se escucharán las pisadas de hombres y mujeres que, tras los capirotos que les acercan al cielo, van perdiendo su identidad para ser sencillamente devotos. Nombres, lugares, empleos y cargos, todo va diluyéndose en la noche de todos los tiempos, esa noche que preparaba a la ciudad de Jerusalén para recibir al profeta de Nazaret.

Ya sabemos que vuestra voluntad es convertir las calles de Monzón en un Evangelio, en un mundo en el que vamos a pregonar a golpe de tambor el sentido de aquello en lo que creemos, a presentar a golpe de tambor la fe que hemos heredado de nuestros padres.



Amanece al fin. Como si se hubiera dado cuenta, el sol sale temprano en la madrugada del **Domingo de Ramos**, dispuesto a contemplar la **Procesión de la entrada de Jesús** en la ciudad santa de Jerusalén. Pero aquí -en estas llanuras aragonesas del Cinca- también sale temprano para ver a Jesús recorrer las calles de Monzón a lomos de un borrico. Verlo y oír cómo le acompaña el clamor de las ramas de olivos y de las palmas que se mueven con la fuerza de la alegría, dando la triunfal bienvenida al Señor que va acercándose a la iglesia de San Juan, donde se amontonan las

ramas de olivos para aquellas manos que sienten la pobreza del no tener, la pobreza de la exclusión, la pobreza del no saber.

Dos mil años después todo es igual, todos somos iguales. Todos queremos engañarnos cuando Dios no nos ve. Y entre tanta tristeza avanzará la procesión viviendo esa entrada de Jesús en Jerusalén sin tener claro si esto es la vieja ciudad de Salomón o la ciudad en la que vivimos todos los días. En las palmas de los niños bailan los dulces enfundados en sus celofanes de mil colores, esperando el momento de romperlos. En las manos de sus padres se sostienen con fuerza las ramas que van a salvaguardar nuestras casas del mal, de Ramos a Ramos. Quizás incluso de nosotros mismos cuando perdamos la mirada cálida y limpia de Jesús de Nazaret. Ya dice el refrán popular que “mientras alguien mire al pan con envidia, el trigo no podrá dormir”.

Y vuelta al camino, a recordar aquellos versos de Gerardo Diego, rezando las catorce estaciones del Vía Crucis

*Dame tu mano, María,
la de las tocas moradas.
Clávame tus siete espadas
en esta carne baldía.
Quiero ir contigo en la impía
tarde negra y amarilla...*

Y sin darnos cuenta, estaremos en la semana definitiva. Monzón habrá atravesado la frontera desde la añoranza a la realidad. Por las ventanas notamos el olor a fritos que preparan las abuelas, mientras hablan de su vida, de las rosquillas de su infancia, de los buñuelos, de las torrijas de su juventud o se quejan de lo complicado que es

planchar una túnica, una capa, una faja de costalero. Olores, colores y recuerdos son un torbellino de sensaciones que se mezclan con el paso de las horas.



El **Lunes Santo** sabemos que es día de ajetreo y, por eso, no paran de resonar los pasos nerviosos de quienes luchan contra el tiempo que falta para que se abran las puertas de la casa de Dios. La antigua iglesia de San Juan, que antaño acogiera a las cortes Generales de la Corona de Aragón allá por 1435, ya está sintiendo el chirriar de su puerta que abre la imagen de su fachada barroca.

Y a las nueve de la noche en punto, en esa hora cargada de magia y de misterio, la **Procesión de la Oración de Jesús en el Huerto** ya estará camino de la catedral, compartiendo sus hermanos el peso de las viejas medallas con la emoción de las nuevas. Y entre vosotros, en esa marea verde de los terceroles, camina ese Cristo que sigue orando en el huerto de los Olivos, recibiendo el cáliz de la última cena de manos de un ángel.

Caminará lentamente, con la mirada perdida en el horizonte, sin querer distanciarse de esa imagen que anuncia la institución de la Eucaristía y que va a hombros de ocho cofrades. Los tambores y los bombos marcarán el paso dejando ese minuto sagrado para que resuene la voz del capataz que guía a esos costaleros que han ido aprendiendo su viacrucis en varias noches de silencios, de frío, de nieblas.

Y luego el silencio entrecortado. La procesión avanza por la calle Mayor mientras las calles se quedan vacías, quietas, absortas en esa

mirada de Jesús que las ha ido bendiciendo. Y todo volverá a su ser, cuando Cristo ya está durmiendo en su catedral. “Y entonces sentiremos ganas de rezar, quizás solamente de escuchar el silencio como lo hicieron aquellos asustados apóstoles en la noche de Jerusalén”.



Y un año más llegará la noche del **Martes Santo** y volverán a abrirse las puertas de la iglesia gótica de San Juan. Como ayer, como mañana, como todos los días, asomarán por ella los estandartes de la **Real Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno** y la luz de la ciudad bautizará las siluetas de los niños, que lucen su hábito blanco, de la mano de esos cofrades de hábito morado y capirote blanco que os extendéis como un campo de lavanda mecido por la brisa de la noche.

Os recuerdo caminar lentamente, con vuestro Nazareno y vuestra Dolorosa, la de la buena muerte, en busca de ese Jesús que sigue orando. Y tras los cristales del balcón, se asoman las primeras lágrimas al paso de la Madre de los Dolores, ¡que solo el corazón puede comprender el dolor de una madre! Y el Señor camina sobre el mar de nuestras cabezas y al verlo -como meditaba el cardenal Amigó- recordamos que es el mismo Señor que pasó por delante de nuestros padres, escribiendo nuestra historia, convertido en guardián privilegiado de la ciudad, porque ya dijeron los libros sagrados que “si el Señor no guarda la ciudad en vano vigilan los centinelas”.



Estoy convencido de que ese dolor cubrirá las calles de una alfombra silenciosa de confesiones, por las que María volverá a ir en esa noche del **Miércoles Santo** cuando se abran las puertas de la iglesia de San José. La marea humana de vuestros capirotos rojos caminará por la Rambla rumbo a la calle del Calvario. La **Procesión del traslado de Nuestra Señora de la Piedad** va avisando con sus trompetas que va rumbo al puente viejo en busca de la plaza Mayor. Los guantes blancos levantan los palillos y suena la piel tensa de los instrumentos camino de la catedral, escoltando a la Piedad. Los muros del castillo contemplan la escena, buscando el rastro de la luz desgarradora que va dejando la madre de Dios por las calles de la ciudad. En esas calles en las que emerge la voz que clama en la noche

¡Qué soledad sin colores!

¡Oh Madre mía, no llores!



Y el paso de estos santos días nos lleva al **Jueves Santo**, el día del amor, de la entrega sin límites en esa Eucaristía que protagoniza la santa Misa de la Cena del Señor. A las cinco, a las cinco y media, a las siete... sonarán las campanas convocándonos a la tarde de la humildad en la que las manos acarician los pies que lavan el recuerdo de los apóstoles. Uno a uno, como siempre, con infinito amor hemos convocado a los pobres, a los marginados, a los que muchas veces injustamente ni siquiera queremos ver.

*Lágrimas amargas fueron su alimento,
la voluntad del Padre, su mira,*

y amar a los hombres fue su aliento

Todo está preparado para el gran momento. El sacerdote cubrirá sus manos, las voces inundarán el templo, las gentes se irán arrodillando y en el aire se darán la mano los olores a incienso y esos aromas de las flores que se han traído de las casas de Monzón. Las manos que regalan, las manos que acarician, las manos que limpian, van asumiendo la lenta marcha de la tarde, con iglesias silenciosas, con el Señor encerrado en ese Monumento funerario que invita a hablar en silencio, a pedir perdón por esta absurda forma de vivir en la que no nos importa la persona que tenemos junto a nosotros, porque estamos buscando la palabra lejana de los que ni siquiera conocemos.

Caminaremos con pasos tranquilos, saludos silenciosos, de siete estaciones visitando al Señor que yace muerto en ese monumento que hemos construido para mostrar la tragedia que ahoga nuestras palabras. Y entre hora y hora, firmes en la orilla del camino, en las aceras de nuestra vida, contemplamos los ojos que se atisban entre capirotos y velas, porque necesitamos buscar cercanías, porque nos horroriza el silencio que nos ha impuesto la noche, el mismo que horrorizaba a Gerardo Diego.

*Ya pende el cadáver yerto
como de la rama el fruto.
Cúbrete, cielo, de luto
porque ya la Vida ha muerto.*

Las horas pasan sin dejarse notar y por eso necesitamos romperla, pregonar al mundo que la muerte del hijo de Dios ha abierto la posibilidad de resucitar a la vida eterna, a poder ver en la eternidad

la santa paz que emana de los ojos de Dios. La plaza de Santo Domingo es una sinfonía de colores: del blanco que recuerda la luz de Dios, del morado que nos recuerda la dureza de la vida, del verde que confirma que es posible la esperanza, del granate que proclama el valor de la penitencia, del negro de la buena muerte o del rojo del testimonio.

Y entre tantos colores y tantos silencios, los acordes de los tambores nos anuncian que estamos rompiendo la hora. ¡**La Rompida de la Hora!** ¿No te has dado cuenta que esto es construir concordia, unirse, compartir, vivir en unión? Por esto, me permitirás que os aconseje que no miréis el reloj, es tiempo de mirar al cielo y disfrutar de las estrellas porque en una de ellas podrás contemplar el destello de ese Jesucristo que ha muerto. Y mientras tus ojos lo buscan, el estruendo que te rodea está contando que a la muerte de Cristo la tierra se lamentó y los cielos gritaron.

En el tránsito del Jueves al Viernes Santo la noche no duerme, que no quiere dejar solo a Cristo, que quiere llorar con las estrellas

*Madrugada de Viernes Santo,
de angustia y luna llena,
cuando los ojos llorosos,
bajan cargados de pena.
Madrugada de Viernes Santo,
de mantillas y peinetas,
de penitentes descalzos
que van cumpliendo promesa.*

Como escribió el cardenal Amigó “la Semana Santa es tiempo para la memoria de los misterios de Cristo” y también para “estar en

el calvario y ver la cruz. Permanecer en vigilia junto al sepulcro para aguardar la aurora de la resurrección”



Y cuando el **Viernes Santo** asome por el horizonte. Sauces, chopos y álamos se habrán quedado quietos, ni la brisa de la mañana querrá moverlos. Recuerda que hasta el soto y los campos de la primavera llegarán los acordes de los tambores que nos anuncian que el **Vía Crucis Penitencial** da comienzo. Corren los últimos en llegar con sus capirote bajo el brazo. ¡Hay que madrugar, son las ocho de la mañana! Una buena hora para recorrer el casco antiguo de Monzón acompañando a Nuestro Padre Jesús Nazareno y a Nuestra Señora de los Dolores.

Calle a calle, los Nazarenos vais con vuestro Cristo a cuestas y con la Madre que no quiere dejar solo a su hijo. La Virgen silenciosa siempre a su lado ¡porque no quiere dejar solo a su hijo! El frío de la madrugada no merma el peso que llevan sobre sus hombros los que hacen avanzar a la madre y al hijo. Mientras sus manos sujetan con firmeza los varaes, ellos rezan en silencio. Los costaleros llevan sobre sus hombros el dolor de un día, lleno de muerte y de tristeza. Es ese escenario inmutable que se repite en los versos de Ignacio Vázquez

Y el soplo de tu gracia que acaricia mi rostro.

Las velas, las luminarias

El atronador silencio del pulso

que contrasta con los tambores a lo lejos

Y las cornetas con su maravillosa imperfección

Los capirotos, las capas y las túnicas de los nazarenos
Las promesas de los devotos
Los pies descalzos con el rachear de las cadenas
El racheo milenario de la Fe

Y luego, bien lo recordáis. Muerte y tristeza de la **Procesión del Santo Entierro de Cristo** que recorre las calles de la ciudad, con el ruido atronador de los tambores que anuncian la presencia del Espíritu en estos paisajes cargados de historia. Se abren las puertas de la catedral y vosotros con el dolor que camina en vuestras manos, lográis que la vía Dolorosa de Jerusalén sean las calles de Santa María, Trascolegial, la Plaza Santo Domingo, la Calle Nueva, Joaquín Costa, San Mateo, Santa Bárbara, la Avenida del Pilar, Sosa o Miguel Servet... ¡Siempre rumbo a la Plaza Mayor! No falta nadie, las túnicas aportan sus colores y los pasos las imágenes a recordar.

Monzón se viste de luto para enterrar a Cristo. Todo se tiñe de negro como el hábito de la Sangre de Cristo y la Buena Muerte, surcado por ese fajín rojo que invita a dar testimonio de la fe, con más de cuatro siglos a la espalda con muchos hijos de Monzón empeñados en conseguir el milagro de cuatrocientos años de atender a los hermanos enfermos, enterrar a los hermanos muertos, ayudar a los hermanos que lo necesiten, arropados por esa espiritualidad cercana y humana de las hermanas clarisas.

Las golondrinas llevan todo el día sin cantar, sus trinos han enmudecido con la naturaleza que se duerme en el asombro. Monzón se ha vestido de negro para contemplar primero a ese Cristo que camina colgado del madero y después a María, que va con el alma rota. El sudario de la Cruz desnuda, ondula suavemente con el viento

que acude a la cita, año a año, con los días de Pasión. Pero, escasamente se atreve a acariciar el rostro de María de Nazaret bajo un cielo que se ha cubierto de estrellas. Hoy es el día del silencio y en el alma nos duele el recuerdo de cómo hace unos días, solo cinco, lo recibíamos con palmas. Tanto dolor y tantas esperanzas en cinco días. Y ahora a Cristo lo llevan, precedido por su sudario, encerrado en una urna, escoltado por sus cofrades, arropado en el silencio de todos. Nadie dice nada y sólo hablan las miradas en esa **Procesión del Silencio** que vuelve a casa, cansada, dolorida, con el alma partida. Como dice el poeta Planas, vuelve con

*Paso lento, cargador,
que no se note la brisa
que congela la sonrisa
del que predicó el amor,
porque va muerto el Señor
en la noche estremecida*



Los hachones se han apagado, las túnicas cuelgan en los armarios. Los rosales se bañan en el rocío de la mañana y los chopos despiertan al fluir del río. En el cielo ya brilla la estrella de la mañana del **Sábado Santo**. María prepara sus vestiduras blancas de alegría y la ciudad espera oír las campanadas que proclaman la resurrección de Cristo. Las naves de la catedral se llenan de luces, de esas luces que somos nosotros mismos, fundidos con las candelas que reciben al Cirio en la **Vigilia Pascual** -que huele a cera de abeja y avanza entre cantos que alegran el crepúsculo- portado por quien revestido

con ornamentos blancos se ha engalanado con la capa pluvial dorada.



Cuando llegue la Pascua, el **Domingo de Pascua** todos esperaremos ver pasar la **Procesión del Resucitado** que sale a la ciudad por la puerta del convento de Santa Clara dispuesto a convertirse en compañero de alegrías y de tristezas de los hijos de esta tierra, a fundirse con vosotros en esa Eucaristía que se convierte en la plaza mayor de la fe, en la plaza mayor de nuestro vivir cotidiano. Cristo nos acompaña en nuestro camino, llevado a hombros de cofrades y en su cara se refleja la felicidad, que Dios también sabe sonreír.

Suenan vuestros tambores y cornetas, preceden vuestros estandartes y banderas de todas las cofradías, y los hombres y Mujeres de Monzón. Las piedras del castillo contemplan la escena con atención, por sus rendijas se cuela alguna gota del rocío de la mañana que sueña con ser lágrima. Las golondrinas han vuelto a sobrevolar la ciudad y todo vuelve a la vida, mientras se prepara la ermita de la Alegría para escribir la historia del **Lunes de Pascua**. La normalidad.

Hemos llegado a ese momento en el que sobran las palabras, que podemos hablar con la mirada y la sonrisa, como ese Cristo triunfador que está aquí. ¡Nunca lo tendréis más cerca! Porque quizás no os hayáis dado cuenta que Jesús de Nazaret, padre y amigo, confidente generoso, está en vuestra ciudad, en Monzón. Por eso, acaba el tiempo del silencio y comienza el tiempo de la ilusión.

¡Volved a vuestras casas y sacad a la luz la túnica de vuestro padre que todavía llevará impregnado el aliento de la fe! Preparad las velas que iluminarán a María, acariciad los estandartes que pregonan vuestra grandeza, y no os olvidéis nunca de abrir las puertas de vuestras iglesias porque la gran pasión está aquí, en ese momento en el que se están abriendo las puertas de la Jerusalén de Monzón. Porque, como os dije, jamás tendremos a Cristo tan cerca de nuestra mirada y de nuestro corazón. Por eso, solamente por eso, os pido a todos vosotros

*Que en vuestros labios
cobre vida
el lenguaje del amor.*

Así sea.



(Las ilustraciones pertenecen a los fondos del Belén de Monzón)



PREGÓN DE SEMANA SANTA

"Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura" Marcos 16:15

Sábado 25 de marzo

19:00 h Salon de actos de la Concatedral de Santa María. Predón de Semana Santa a cargo de Don Domingo Buesa Conde *(taxon en historia, político y profesor)*

20:00 h Concatedral de Santa María. Misa por todos los difuntos de Monzón. Al concluir, inicio del septenario de Nuestra Señora de los Dolores



JUNTA COORDINADORA
de COFRADÍAS de MONZÓN